

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 63

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 4 DE FEBRERO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA
LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

MÁS LÓGICA

No es ocioso para todos este tiempo en que parece reinar la inercia y enseñorearse sobre la inmensa mayoría de los hombres. No hay mal que por bien no venga y este lapso de tiempo que transurre ocioso para la actividad política, sirve para que la atención, separada de asuntos de partidos, se fije un poco en la política de regeneración económica que España necesita, como complemento de su organización social. Meridionales al fin, hemos puesto todos mucho por el triunfo de las ideas, pero también es justo pensar un poco en las exigencias de esas ideas mismas para que sean tanto más constantes y tanto más hermosas cuanto más mejor el bienestar del pueblo.

Sin acordarnos de las colonias; aun prescindiendo por el momento de Marruecos, donde papel tan importante debemos desempeñar; mirando sólo al suelo de la Península y al de sus islas hermanas, España está dotada de elementos sobrados para ser rica y luego próspera y luego imponerse ante Europa por su importancia, puesto que de nuestro suelo salen medios que asombran al mundo y que por circunstancias psicológica de nuestro carácter no aprovechamos, dando nuestro esfuerzo y nuestra sangre para que otros pueblos se enriquezcan y nos exploten.

Cuando surge cualquier asunto internacional, la fantasía vuela y es frase acreditada entonces la de que no nos debemos dejar explotar por los extranjeros, y unos tomen á los ingleses, y otros á los franceses y otros á los alemanes y es cosa de mucha transcendencia el no ir con ellos comprometidos á ninguna empresa belicosa.

Dejemos un instante los lirismos caballerescos y vengamos á la vida real. Lo que negamos á los extranjeros ante un *casus belli*, se lo damos muy colmado en plena paz; tanto, que con lo que les damos toman ellos aliento para la guerra. De los extranjeros es en España la tierra, el agua, el aire, hasta el sol. Explotan nuestras minas, labran nuestro suelo, utilizan la fuerza hidráulica de nuestras vías fluviales y hasta esa luz hermosísima del sol de España les sirve para vivir bajo su clima y pensar en él deliciosamente en las empresas más poderosas.

No intentamos nosotros anatomizar la afluencia á nuestro país del capital extraño. Con él viven fuerzas nacionales, y aunque en justa liquidación proporcional de beneficios no resultaría muy equipado el tipo del jornal con el tipo de renta, es justo reconocer que en nosotros es casi todo extranjero el progreso en el orden económico.

Lo que anatomizamos es el carácter, el temperamento y la costumbre de nuestro pueblo; que si largos siglos durmió en el estacionamiento rutinario, las amplitudes del derecho político le da la emancipación para desenvolverse libremente pensando en el porvenir nacional, feundo y próspero y del propio velo patrio obtenido.

El capital y el trabajo juntos pueden hacer el milagro si es prudente y decidido el apoyo gubernamental. Saquemos de nuestro seno nuestra riqueza, y con ella, grandes, podremos contestar á los extranjeros en momentos de acción diplomática, algo más de lo que podemos decirles hoy en que nos inspiran recelos para la política y son buenos amigos nuestros para la explotación económica.

EL INVIERNO Y LOS POBRES

En las noches de los fuertes vendavales, En las noches horriboras del invierno, Cuando saigo del casino hasta los ojos Embozado y abrigado todo el cuerpo.

¡Yo no sé lo que me pasa

Al mirar los perdioseros

Tiritando en los umbrales de las puertas,

Andrajosos y famélicos!

¡Yo no sé lo que me pasa, que me invade

Amargura y desaliento

Y me creo que le usurpo á los mendigos

Algo de lo que yo llevo!

Y después, cuando acostado inmeblemente

Ruge el huracán violento

Y con fuerza del balón en los cristales

Azotan los aguaceros,

Muchas noches de mis párpados

Huye el sueño

Recordando que en los quicios de las puertas

Sin vestir y casi hambrientos,

Aguantando el agua, el frío,

Y las nieves y los hielos,

Tiritando están los pobres

Recostados sobre el duro pavimento.

EMILIO BERNABEU.

CUENTOS ESCOGIDOS

LA TÍA ROSA

Me ha parecido siempre que la tía Rosa nació de ochenta años.

Yo la ví durante mi juventud, con sus blancos cabellos, cayendo á lo largo de las sienes y su sonrisa de exquisita urbanidad; una sonrisa de labios cerrados, porque en esta época no se habían descubierto aún las dentaduras postizas.

Era una anciana gruesa, de carrillos en bolsa y dedos algo torpes que jugaban con una tabaquera de oro.

Para mí formaba parte de la vieja residencia de nuestros antepasados. Mis sueños de niño en el colegio, no me representaban jamás el *horne* sin la tía Rosa, que en invierno arrojaba el fuego que brillaba en la gran chimenea del salón y en verano se defendía de las moscas con una varita llena de hojas.

La tía Rosa estaba encargada de la alta misión de darnos los dulces.

Ella era la que poseía la mágica llave del «armario del azúcar».

El «armario del azúcar» había recibido este nombre, que todavía conservaba, en aquellas épocas en que la libra de azúcar valía seis francos y era una

especie de panis misterioso para nosotros.

La tía Rosa no nos dejaba nunca enterarnos de lo que allí se guardaba; pero cuando ella entreabría la puerta, para sacar una caja de dulces, nosotros mirábamos, con asombrados ojos, aquellas confituras apiladas unas sobre otras.

Los dulces de pera, de manzana, etcétera, etc., eran capaces de hacer soñar.

—Tía Rosa, tía Rosa; déjenos usted ver, aunque sólo sea un minuto. ¿Cuándo nos dará usted aquella pasta que está allí arriba, ó aquella otra de cuando monseñor estuvo en casa? ¡Oh, qué felicidad cuando monseñor venía!... Tía Rosa, dénos usted siquiera unos racimos, ó sinó, una pera; ahí llegarán á estropearse.

Y la tía Rosa, siempre atenta, se dejaba conmovir por los ruegos de la juventud, que andaba siempre alrededor de sus faldas, y alcanzando algunas golosinas, untaba con ellas unas rebanadas de pan, sabiamente cortadas, para que no nos hartáramos.

Cuando fuimos mayores, nos hicimos más exigentes, y con frecuencia había tentativas de robo contra el «armario del azúcar».

La tía Rosa nos llamaba pequeños ladrones; nos amenazaba con tirarnos de las orejas y, finalmente, capitulaba, entregándonos los ansiados dulces.

Pasada la edad de las golosinas, sentimos la curiosidad de saber por qué la tía Rosa no se había casado, y entonces tuvo que sufrir el asalto contra su secreto y defenderlo como había defendido sus dulces para acabar, como antes, capitulando.

—¡Ah! mis queridos niños, es toda una historia, que, por otra parte, no tiene gran importancia. Pero, puesto que queréis saberla, voy á contarosla.

¿Habéis visto el retrato que está encima de la chimenea, en el comedor?

—Sí, tía Rosa, el coronel de Charnailat.

—Pues bien; al coronel es á quien debo el haber permanecido soltera, y ahora le estoy agradecida. ¿Qué hubiera sido de mí pobre hermana sin mí, teniendo tantos hijos como tiene?

El coronel de Charnailat era mi primo.

Un gran hombre y un perfecto caballero.

Había entrado como simple soldado en el ejército de Napoleón, y á los treinta años, cuando pidió mi mano, era coronel, y coronel de húsares nada menos, habiendo conquistado sus ascensos sin separarse de Lesalle. Mi padre le estimaba; pero sin perdonarle que hubiera seguido al corso, como llamaba á Napoleón, porque mi padre, vuestro abuelo, no separaba la idea de patria de la de realza, hasta el extremo de que para él no había patria sin rey.

Gerald pensaba de otra manera y colocabá al emperador por cima de todos los reyes de Europa.

Bonaparte estaba entonces prisionero en la isla de Elba, y Gerald disgustado á mi padre cuando le precedía, para muy en breve, el despertar de la idea napoleónica y la derrota por el Aguila de la Flor de lis.

Discutían profundamente, demostrando Gerald querer tanto á Napoleón, como papá le detestaba.

Las cosas continuaron regularmente, en tanto que Luis XVIII buscaba el medio de asegurar su trono, popularizando la monarquía.

Yo pedía á Gerald que no quisiera á nadie nada más que á mí, y que olvidara, al menos para hablar con papá, el nombre de Napoleón, y al mismo tiempo, rogaba á nuestro abuelo que fuera más elemento con el ídolo de Gerald.

Mi matrimonio parecía estar próximo, porque papá adoraba la bravura de Gerald, y éste la lealtad caballeresca de papá.

Se había comprado el equipo. Tenía un armario lleno de trajes de corte, de paseo y campo, y los regalos de todos brillaban en una vitrina, colocada en la chimenea del salón.

Carneros, liebres y gallinas habían sido regalados abundantemente por los servidores de la casa.

La cortadora—como entonces se decía—había tomado la medida de mi corsé, y el jardinero había colocado sobre la chimenea los blancos botones de azahar.

Papá y Gerald se habían reconciliado.

No olvidaré nunca el banquete dado para celebrar nuestros esponsales, al que asistieron todas las notabilidades del país.

Ocultos tras de una cesta de flores, Gerald y yo nos decíamos esas cosas insignificantes de los que se aman, que ya apreciaréis cuando tengáis más años.

Asistieron al banquete el obispo, el gobernador y el alcalde; pero nosotros no nos ocupábamos de ellos.

Hasta parecía que papá había perdonado á Napoleón.

Un cartero llegó de pronto, cubierto de polvo, y entregó un pliego á mi padre que se estremeció y gritó fuertemente.

—El rey ha huido; ese cochino de Napoleón ha dado el golpe.

Antes de que yo hubiera podido detenerle Gerald, de pie, con el vaso en la mano, gritaba:

—¡Viva el emperador!

Los concurrentes se asustaron y ninguno levantó su vaso.

Mi padre miró encolerizado á Gerald y éste, emocionado y orgulloso, salió precipitadamente, saludando con la espada.

No he vuelto á verle y mi padre ha llorado muchas veces hablándome de él, que murió en Rins, combatiendo á las tropas reales en que mi padre mandaba un regimiento.

Mi padre hizo transportar aquí el cuerpo y todos los días él va á rezar á su tumba pidiendo á Dios que nos haga semejantes al tío Gerald.

Dos gruesas lágrimas brotaron de nuestros ojos y la tía Rosa, dijo:

—Sed como vuestro abuelo ó como el tío Gerald.

Ellos quisieron mucho á su país.

M. DU TARTRE.